

PREMONICIONES DE LA INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA ¹

PRESENTACIÓN

El presente documento contiene dos dictámenes presentados al rey Carlos III por el Intendente José de Ábalos y el Conde de Aranda, respectivamente, con valoraciones sobre la situación del imperio español y propuestas de iniciativas para el futuro del mismo. Los textos de los dictámenes vienen precedidos de unos breves apuntes sobre el contexto político y económico.

El contexto político y económico

Carlos III (1716 – 1788), era hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio, y fue el cuarto monarca de la dinastía de los Borbones en acceder al trono de España.

Reinó veintinueve años en España, tras otros veinticinco de gobierno en el Reino de Nápoles, lo que significa que, siendo un hombre interesado por la gestión de sus dominios, dispuso de un periodo de gobierno de duración excepcional que le permitió acumular una considerable experiencia.

Los historiadores retratan al rey como un hombre que, a pesar de no tener las cualidades ni la cultura de algunos de sus predecesores, fue un buen gobernante, dotado de energía, honestidad, desinterés, sentido del deber y acierto para elegir a sus ministros y respaldar sus decisiones. Las mejoras que consiguió en España explican una popularidad que llega hasta las actuales generaciones.

1 Caso de la División de Investigación del Instituto Internacional San Telmo. Preparado por los Profesores D. Rafael de Lecea Pamplona y D. José Luis Lucas Tomás con base en el Estudio de D. Manuel Lucena Giraldo publicado por la Fundación Mapfre Tavera y la Secretaría de Cooperación Iberoamericana y que recoge los Dictámenes del Intendente Ábalos y del Conde de Aranda. Copyright © 2004. San Telmo. Prohibida la reproducción, total o parcial, sin autorización escrita de San Telmo.

El rey intentó, tras un largo periodo de decadencia, restaurar el país y tratar de que volviera a tener una posición relevante en el mundo. En ese intento, España tuvo que prestar una especial atención a América puesto que por el Tratado de Utrecht había perdido sus posesiones europeas. Pero es que, además, las potencias europeas, que durante los siglos XVI y XVII sólo habían hecho tímidos intentos de estar presentes en América, hicieron su particular “descubrimiento” y, con una clara perspectiva económica, empezaron a ver las posibilidades de establecer puentes comerciales en busca de materias primas y de mercados para sus productos.

Carlos III fue consciente de esta realidad y se propuso como objetivo ampliar sus territorios antes de que otros lo hicieran. Para ello, organizó expediciones con propósitos científicos y políticos en la costa occidental a cargo de la Marina española, expediciones terrestres, misiones religiosas y fundación de pequeños núcleos urbanos que, con el tiempo, serían ciudades importantes en California y Nuevo México. Recuperó las dos Floridas e incorporó la Luisiana al Imperio Hispanoamericano que alcanzó, en ese momento, su mayor extensión: ocho millones de kilómetros cuadrados.

Con el mismo objetivo, y para adelantarse a los ingleses y a los rusos, que habían desembarcado en Alaska y navegaban hacia el sur buscando mejores condiciones de supervivencia e instalación, el rey ordenó descubrir y colonizar con la máxima rapidez las inmensas extensiones entre el Misisipi y el Pacífico, defender las islas y costas atlánticas de la agresividad inglesa (con posiciones en las Antillas, en Belice, en pleno istmo centroamericano, y discutiendo la soberanía de las Malvinas), y atender a las cuestiones fronterizas con Brasil, tanto en las zonas interiores de Paraguay como en la banda oriental del Río de la Plata.

Esta extensión territorial no estaba compensada con una densidad de población adecuada. En todo el Imperio americano vivían en 1700 unos diez millones de personas que, con toda la dificultad de llevar a cabo estadísticas demográficas, se incrementaron –más por crecimiento de la población local, una vez superadas las epidemias que acompañaron a la conquista, que por incorporación de nuevos colonos- hasta los quince millones. En todo caso, una densidad sorprendentemente baja.

El segundo gran desafío, en el que el rey no tuvo tanto acierto, o suerte, fue el intento de poner orden en la administración de los territorios –con medidas administrativas que desembocaron en un intento de aumentar la presión fiscal- y frenar el descontento interior que, en parte, era consecuencia de lo anterior. (De ahí que se critique su política y se afirme que en ella está el origen de los futuros ideales independentistas).

El peligro interno para el Imperio americano venía de la situación de una población superior a la de la España peninsular, entre la que siempre se habían producido revueltas indigenistas, criollas o mixtas. El científico Humboldt, tras su prolongada estancia en América, resumió los problemas internos: Profunda división de ideas e intereses en la sociedad colonial; esclavitud de los negros; sometimiento de los indios y prepotencia de los latifundistas; espíritu represivo de la administración; disgusto por la actuación de los intendentes; malestar de los empresarios por el

monopolio del comercio por parte de la metrópoli –a pesar de un decreto de libre comercio de 1778–; relajación del clero (la expulsión de los jesuitas de América y la desamortización de sus bienes se podría considerar un error); y la oposición entre reformistas y revolucionarios en la pequeña clase ilustrada.

Carlos III estuvo informado por una brillante generación de patriotas que redactaron numerosos informes, la mayoría de los cuales quedaron inéditos en los archivos por decisión de las autoridades ante el panorama que describían; entre ellos podrían citarse los de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, después de su expedición a las regiones andinas (publicado mucho después en Londres con el título de “Noticias secretas de América”, un alegato contra la administración colonial y su corrupción); el de Floridablanca en 1787, llamado la “Instrucción reservada al Consejo de Estado”, donde proponía el envío de obispos y religiosos de vida ejemplar y alertaba ante los intereses ingleses, portugueses y franceses; el de Campomanes, que defendía la prioridad de la política peninsular sobre la de las colonias; el de Moñino, que en su discurso de 1768, recordaba que “las Indias son provincias considerables del Imperio español” cuyo mayor peligro sería interno, “el espíritu de independencia que puede surgir entre sus habitantes”, y recomendaba traer americanos a estudiar a España, reservarles plazas en el ejército e intercambiar cargos con nombramiento de criollos en España. Y, por fin, los de Ábalos y Aranda.

Ábalos, natural de La Mancha, era un alto funcionario al servicio de la Corona, economista y fiscalista, de gran capacidad organizativa y rígido en la disciplina del trabajo; había estado destinado en Cuba como Oficial Mayor de Contaduría. En 1769 fue nombrado contador mayor de la Provincia de Venezuela donde se enfrentó al gobernador militar por sus proyectos de reforma administrativa y fiscal. En 1774 retornó a España, hasta que dos años después fue nombrado intendente de ejército y real hacienda de Venezuela. Su firme criterio le llevó a enfrentarse con la práctica totalidad de los estamentos locales: el ejército, la Compañía Guipuzcoana (con su monopolio del cacao) y la Iglesia. En 1781 sofocó la rebelión de los comuneros venezolanos. En 1783 pidió el relevo y regresó a España donde fue nombrado intendente de los cuatro reinos de Andalucía y asistente de Sevilla.

Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, nació y murió en Aragón, en 1719 y 1798 respectivamente; fue militar y diplomático, Capitán General de Valencia y Castilla, Embajador de España en Portugal, Polonia y Francia. En la época de su informe, acababa de negociar la paz de Versalles, intuía la caída del Antiguo Régimen en Francia, le parecía suicida el apoyo a los colonos británicos de América del norte, traidores a su rey, y temía que cundiera el ejemplo en el Imperio español.